

Los Austrias del s. XVI. Política interior y exterior.

Al morir su abuelo materno, Fernando, en 1516, **Carlos de Habsburgo**, que ya había heredado los territorios de Borgoña de su abuela paterna, se hizo coronar Rey de Castilla y Aragón e inició viaje a la península. El nuevo monarca no conocía el castellano y vino acompañado de consejeros flamencos. Una vez coronado, se enteró de la muerte de su abuelo el Emperador Maximiliano y Carlos I convocó Cortes para que votaran nuevos impuestos con los que hacer frente a la elección de Emperador. La reacción fue inmediata en Castilla.

Las Comunidades. En las ciudades de Castilla (Toledo, Segovia, Salamanca, etc) se inició en 1520 la rebelión de las Comunidades, liderados por la burguesía y la baja nobleza que recordaron al rey su obligación de residir en el reino, de respetar las leyes del reino y de no sacar el oro del reino. Los comuneros (nombre de los sublevados), liderados por Padilla, Bravo y Maldonado buscaron el apoyo de la reina Juana, que decidió mantenerse neutral. La alta nobleza, ante la radicalización social de los comuneros, decidieron apoyar al rey que consiguió vencer en la batalla de Villalar (1521) lo que significó la derrota del movimiento y sus líderes fueron ejecutados.

Paralelamente en Valencia y Mallorca se desarrolló la rebelión de las Germanías, que tuvo su origen en el interés del artesanado por lograr una mayor presencia en el gobierno municipal y en el abandono de la nobleza de la ciudad de Valencia después de una epidemia de peste. La rebelión también terminó con el triunfo real gracias al apoyo militar de la nobleza.

Política exterior.

En el Sacro Imperio Romano Germánico, Carlos V fue coronado emperador en 1520 y el mayor problema que se encontró fue el surgimiento del luteranismo, que algunos príncipes alemanes aprovecharon para reforzar su autonomía frente al poder del Emperador. Al principio Carlos V intentó negociar, pero ante el fracaso de esta política se impuso el uso de la fuerza y en 1547 venció a los luteranos en la batalla de Müllberg. Aunque esta batalla no acabó con la resistencia de los príncipes alemanes, y al final Carlos V tuvo que firmar la Paz de Augsburgo 1555 que dejaba a los príncipes la decisión de la religión de sus súbditos, lo que reforzó su independencia.

Francia fue el mayor de los enemigos de Carlos, con la que luchó en cuatro guerras por el control de Italia. El primer conflicto fue por la posesión del Ducado de Milán, que tras dos guerras quedó en posesión de Carlos tras su victoria en la batalla de Pavía sobre Francisco I. Posteriormente y ante el poder creciente de Carlos, Francia, el Papado, Venecia y Florencia formaron la Liga de Cognac 1526 para enfrentarse al Emperador. Pero las tropas de Carlos V asaltaron Roma en 1529 y la hegemonía hispánica en Italia se mantuvo. La última guerra con Francia y su nuevo rey Enrique II la finaliza su hijo Felipe II en 1559.

Imperio Otomano. Solimán el Magnífico sultán turco intentó conquistar en dos ocasiones Viena, pero fue frenado por las tropas imperiales. Otra preocupación fue la presencia musulmana en el norte de África que amenazaba las costas de Italia y la Península Ibérica. Ante esta amenaza Carlos tuvo un éxito, la toma de Túnez en 1535, y un fracaso en el intento de toma de Argel en 1541.

Ante el fracaso de su política de unidad cristiana frente al Islam Carlos V abdicará en 1556 y se retirará al Monasterio de Yuste donde morirá en 1558.

Felipe II fue hijo del emperador Carlos V. Tras la abdicación de Carlos V en 1556 gobernó el imperio integrado por los reinos y territorios de Castilla, Aragón, Navarra, el Franco-Condado, los Países Bajos, Sicilia, Cerdeña, Milán, Nápoles, Orán, Túnez, toda la América descubierta y Filipinas. A estos vastos territorios se le unió Portugal y su imperio afroasiático en 1580. Felipe II mantuvo las instituciones y leyes de cada reino y nombró en ellos virreyes o gobernadores.

Profesionalizó el sistema de Consejos con miembros con formación universitaria y elevó la importancia de los secretarios reales.

Los principales problemas internos del reinado de Felipe II fueron la muerte en 1568 del príncipe heredero Carlos, que había sido arrestado debido a sus contactos con los miembros de una presunta conjura sucesoria promovida por parte de la nobleza contra Felipe; y la poderosa figura de su secretario Antonio Pérez, quien finalmente fue destituido y acusado de corrupción. Huyó del país y se convirtió en un activo propagandista contra Felipe II. Apoyado por los enemigos exteriores del rey, fue un elemento clave en la formación de la "Leyenda Negra". También en 1568 tuvo que hacer frente a la rebelión de las Alpujarras, cuando los moriscos se levantaron en armas. Esta sublevación fue duramente reprimida y los moriscos dispersados por Castilla.

En política exterior tuvo que enfrentarse en el Mediterráneo al Imperio Otomano, tras la victoria en la batalla de Lepanto 1571 se llegó a un acuerdo de mantener el status quo. En Europa se enfrentó con Francia por el control de Italia (Nápoles y el Milanesado). La paz en Cateau-Cambrésis en 1559 fue favorable a los intereses de Felipe II en la península italiana. Tras la muerte de su esposa María Tudor, las relaciones se hicieron cada vez más hostiles con Inglaterra, que apoyaba a los rebeldes protestantes en los Países Bajos. El intento de invadir la isla en 1588 con la Gran Armada acabó con un gran fracaso que inició el declive del poder naval hispánico en el Atlántico. Felipe II no pudo acabar tampoco con el conflicto político (mayor autonomía) y religioso (revuelta calvinista) generado en los Países Bajos a partir de 1568. Ninguno de los sucesivos gobernadores pudieron impedir que la rebelión se asentara y llevará finalmente a la configuración en el norte de las Provincias Unidas.

Uno de sus mayores triunfos fue conseguir la unidad ibérica con la anexión de Portugal y sus dominios, al hacer valer sus derechos sucesorios en 1581 en las Cortes de Tomar, tras morir sin descendencia el rey portugués Sebastián. Para conseguir la anexión, Felipe se comprometió a mantener y respetar los fueros, costumbres y privilegios de los portugueses. La anexión significó la unión de dos enormes imperios. Las posesiones portuguesas en Brasil, África y Asia pasaron al Imperio de Felipe II. Un imperio "en donde nunca se ponía el sol".